

REMINISCENCIAS

HECHOS HISTÓRICOS, POCO CONOCIDOS, QUE PRESENCIÉ,
REFERENTES A ALTOS PERSONAJES DEL PARTIDO LIBERAL,
QUE HAN FALLECIDO Y QUE NO DEBEN QUEDAR OLVIDADOS,
PUESTO QUE CONTRIBUYERON AL TRIUNFO DE LA SEGUNDA
INDEPENDENCIA DE LA PATRIA.

Sea el primero: Que si el señor Juárez al terminar su período como Presidente de la República, en Paso del Norte, aceptó prorrogarse el poder, no fue sólo porque deseaba seguir sacrificándose hasta lograr, como logró, el triunfo completo de la democracia y de las instituciones liberales, sino porque era público y notorio en la residencia del señor General González Ortega, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, llamado por la Ley, que el cerebro de ese héroe comenzaba a sufrir trastornos mentales que, exacerbándose, lo harían imposible y de fatal trascendencia para desempeñar la Primera Magistratura de la Nación, en las difíciles circunstancias en que se encontraba entonces, invadida por los enemigos.

Del valor civil del señor Juárez, de su constancia, energía y hasta de su valor personal militar, sin serlo, dio multitud de pruebas, como las que he descrito en estos apuntes, entregándose indefenso a merced de su enemigo Vidaurri en Monterrey, en 1863, sólo por el deseo de conseguir la paz y de atraerlo a sus deberes como mexicano y contra el usurpador, con quien en mala hora estaba aliado.

Otro de los hechos heroicos del señor Juárez, fue la entereza y presencia de ánimo, con que poco después del anterior

acontecimiento y sabiendo se aproximaba a Monterrey el traidor Quiroga a batirlo con una fuerza muy superior a sus órdenes, cuando a la vez y de común acuerdo, con igual objeto, los franceses ocupaban el Saltillo, en lugar de huir o evadir el peligro, esperó impasible dentro de la casa de Gobierno en aquella Plaza, que el enemigo la ocupase avanzando y que tiroteándonos llegase hasta la esquina de la referida calle, siendo necesario que todos le instásemos para que se salvara de caer prisionero y todavía siguió impasible, tomando su desayuno con una calma estoica, dando por resultado que al salir de ella, el coche en que iba recibió un proyectil de los que disparaban.

De esos estoicismos, fe en Dios y gran corazón, fueron los aciagos momentos de su prisión en Guadalajara, por el pronunciamiento de Landa y el eminente peligro que también corrió en la toma de Zacatecas, por Miramón; en fin, quizá la confianza en su buena suerte o la resignación al fausto y al nefasto, el conocimiento del carácter del pueblo y sociedad mexicanas, incapaces de acciones cobardes, influyeron para que ya gobernando en México se le viera en las asistencias públicas, confundándose entre el pueblo, como actualmente lo hace el señor General Porfirio Díaz, sin temor alguno.

Como tenía yo la costumbre de ir diariamente a verlo por la noche, al concluir nuestros trabajos, recuerdo que entre las 8 y las 9 p. m. tomaba su sombrero, su capa y una pequeñísima pistola de bolsa, y diciendo: "vámonos", bajaba una escalera de caracol para que saliéramos por la puerta que existe en el Baluarte de Palacio, frente al Volador y esquina de las calles Puente de Palacio y Flamencos. Allí se despedía, sin permitir que lo acompañase, cual yo se lo ofrecía siempre.

Del carácter adusto del Sr. Ocampo, de su generosidad, valentía, conocimiento de las ciencias, gran talento e impasibilidad y resignación en actos peligrosos, dio mil pruebas durante su existencia, entre ellas, el mal recibimiento a mí,

subsanado momentos después que reflexionó no había dado yo lugar a su violencia, y fue el caso que habiéndome presentado por primera vez en Veracruz, desempeñando él las Secretarías de Hacienda y de Guerra, a fines de 1858, ofreciéndole mis servicios en favor de la causa liberal, como lo había hecho antes al señor Juárez y al Gobernador de aquel estado, señor Gutiérrez Zamora, me dijo: —“Voy a ocuparlo a usted desde luego, esté a la mira del primer buque que de este puerto vaya a Minatitlán y avisemelo para que allí desempeñe una comisión importante”.

Me despedí de él dándole las debidas gracias, e inmediatamente fui a suplicar al Capitán del puerto, Pérez Miliena, me participase luego que hubiera la embarcación que se deseaba, para aprovecharla; no cumplió mi encargo sino 12 días después que estaba próximo a zarpar otro pailebote, pero entre tanto el señor Gobernador, Jefe también de la Guardia Nacional, me mandó fuese a Tlacotalpan a recibir a la Plaza un Batallón de esa clase, al servicio del Estado, comisión que desempeñé en cuatro días, y al regresar pasé en el acto a participar al señor Ocampo la proximidad de la salida de un buque para Coatzacoalcos y me puse a sus órdenes. Entonces, con ceño adusto y exaltado, teniendo un pliego cerrado en la mano, me dijo: —“¿Qué, no supo usted que ya antes salió otro buque?, en fin, ¿qué es usted, militar al servicio del Estado o dependiente del Gobierno General? Si lo segundo, ahí tiene usted las órdenes para que vaya a Minatitlán; si no quiere, haga lo que más le plazca”. Violento por tan inesperado mal tratamiento, le contesté: —“Señor, soy servidor de la Nación y creo que no he dado lugar a que se extrañe mi conducta, pues no supe la salida de ese buque, pero no iré, prefiero dejar aquí este pliego (poniéndolo sobre un bufete) y con permiso de usted me retiro”.

Salí a la pieza inmediata, disgustado, quejándome con algún amigo del mal carácter del Ministro, dando la espalda a

su despacho, cuando vino a mí y poniéndome la mano en el hombro se disculpó diciéndome: —“perdone mi atrabilidad, he reflexionado y no tuve razón, pase usted para darle mayores instrucciones acerca del encargo que se le confía y procure usted entregar al señor Gobernador el Batallón que trajo de Tlacotalpan”. Sumamente agradecido por tanta bondad, escuché sus disposiciones y al tercer día me embarqué para cumplir mi comisión, cuyo objeto e incidentes expreso ya en estos apuntes.

Véase un hecho más de la caridad, ciencia, fuerza y valentía del señor Ocampo: Llegó a Veracruz la familia toda del señor Presidente Juárez, procedente de Oaxaca, cuando el vómito estaba haciendo víctimas innumerables en la Guarnición de la Plaza y el señor Ocampo convenció al primero y logró llevarse la expresada familia a Huatusco para liberarla del peligro; la instaló en aquella población, donde al día siguiente advirtió que la gente corría en la calle despavorida, huyendo; inquirió la causa y vio que la motivaba un hidrófobo, que furioso arremetía contra los transeúntes, no alcanzando a ninguno por fortuna. Entonces, el señor Ocampo, con la sangre fría y serenidad que acostumbraba siempre en los lances riesgosos, esperó al hombre enfermo en la puerta de un zaguán por donde iba a pasar y al verificarlo le echó su mano garruda al cuello y con la izquierda el pelo de la cabeza sobre la frente, evitando así que lo mordiera, mas el furioso le arremetía con los pies y los puños; entonces algunos de los transeúntes se detuvieron, a quienes el señor Ocampo pidió lo auxiliasen para contenerlo, y logrado esto, siempre sujeto del pescuezo y cabeza, lo llevaron a la casa de la familia Juárez, y amarrándolo perfectamente sobre una cama, dio las gracias a los que lo acompañaron y cerrando la pieza salió al campo, trayendo dos horas después una hierba, que en cocimiento administró personalmente al hidrófobo, durante ocho días, hasta dejarlo sano y salvo en

poder de sus deudos. Todo esto tuvo lugar al principio del año de 1859, cuando quizá todavía ni en París se pensaba en el famoso antídoto antirrábico de Pasteur.

El último hecho histórico de alto patriotismo, de fe ciega en el porvenir, de previsión obtenida de su talento y gran corazón, fue el siguiente: Cuando la causa liberal y sus principales jefes habían sufrido derrota sobre derrota y golpe sobre golpe, de los traidores y reaccionarios en los campos de batalla, no quedando a la democracia y a la segunda Independencia otro atrincheramiento que el puerto de Veracruz, decayeron todos los ánimos más exaltados de nuestros partidarios, creyendo que por sí mismos era ya imposible sostener por más tiempo la lucha sin auxilio extranjero; sólo unos buenos Generales y unos cuantos patricios alentados por el Benemérito Presidente Juárez, por el invicto Ocampo, por los Ministros de Gobernación, General Ignacio de la Llave; Fomento y Justicia, don José de Emparan, don Manuel Ruiz y demás funcionarios de aquel exiguo Gobierno, preveían para más tarde, sin arredrarse, el completo triunfo del pueblo mexicano y de las masas, así como el restablecimiento de nuestra querida República y su segunda Independencia, a la cual contribuyó también y mucho, el heroísmo y suprema valentía del señor General Porfirio Díaz en diversos campos de batalla; debiéndosele a él exclusivamente consumir el actual bienestar de la Nación, por el aseguramiento establecido ya de la paz durante 20 años continuados y por las buenas relaciones de mutuos respetos y consideraciones, que su sabia política ha logrado de casi todas las demás potencias del mundo.

Únicamente dos personas desconfiaron de la situación, una en los Estados Unidos, como representante de México, a la sazón que en mala hora, por sí y ante sí, inició un tratado de alianza y protección con aquella República, trabajo antipatriótico, el cual no fue aprobado y otra también, *motu*

proprio, pretendió arreglar con alguna casa banquera de allá un contrato oneroso a México, obligándose a mandar 10,000 hombres municionados y armados con artillería y demás elementos de guerra, sostenidos algunos meses por cuenta de dicho Banco, a cambio de ser todo pagado con gran usura por nuestro Gobierno y con infamantes exigencias si no lo fuese. Ufano regresó el señor L.,³ trayendo, según él, la salvación de las instituciones y de sus Leyes de Reforma; pidió al señor Juárez citase a una Junta de Ministros y en ella dio cuenta de semejante absurdo, arreglo que se llevaría a efecto, previa la aprobación del Gobierno; pero antes de concluir su lectura, el señor Presidente fue el primero que le dijo: —“Sería una ignominia aceptar semejante arreglo”, y enseguida el señor Ocampo, exaltado y frenético, agregó: —“Eso que se ha atrevido usted a formular sin autorización alguna, es hasta traidor a la Patria de escucharlo. Sólo su ninguna fe y gran cobardía por parte de usted en vista de nuestras afflictivas circunstancias, lo ha hecho sin duda apechugar con semejantes proposiciones que nos denigran y humillan”, y arrancando de sus manos el borrador de tal proyectado arreglo, lo estrujó diciéndole: —“Eso que nos humilla, debe arrojar al fuego”; así es que tan fatal acontecimiento, la vergüenza y repulsa de todos, hacia el que leyó tan descabellado proyecto, fueron causa de que se retirase el que lo presentó y que en muchos días no volviese al despacho.

DICHO BORRADOR INÉDITO SE ENCUENTRA AL FINAL DE LA
CARPETA NÚM. 2

Poquísimo tiempo pasó sin que comenzaran a realizarse las arraigadas plausibles esperanzas y pronósticos de los ilustres marinos prácticos, que dirigían la nave del Estado, pues que

³ Miguel Lerdo de Tejada.

en el venturoso mes de marzo de 1859, por la heroica defensa de la Plaza de Veracruz, Miramón, que con denuedo y valentía tres veces intentó tomarla, tuvo que retirarse sin conseguirlo, cuyos pormenores constan en estos apuntes; luego, durante el año de 1860, debido a los cálculos, disposiciones militares y actividad de nuestros gobernantes, se organizaron fuertes Divisiones, al mando de los Generales González Ortega, Ampudia y otros, que el 24 de diciembre de ese año obtuvieron el completo triunfo en Calpulalpan, cuyo resultado fue la ocupación de esta capital y aniquilando y destruyendo al famoso Ejército reaccionario y a sus caudillos.

Es justo y debido recordar a nuestros pósteros, un suceso notable ocurrido en el Golfo de México y en nuestras aguas a la vista, tras de la fortaleza de Ulúa, incidente que influyó poderosamente para que se retirase Miramón y que evitó asaltase la Plaza de Veracruz. Con muy corta anticipación supo nuestro Gobierno que el Almirante don Tomás Marín preparaba una escuadrilla y reclutaba gente extranjera en La Habana, de acuerdo y por orden de Miramón, para venirlo a auxiliar por mar, en el ataque de la Plaza; complot y elementos superiores, que sin duda les habría dado el éxito favorable que se proponían, supuesta la falta absoluta de buques a propósito de nuestra parte, para rechazarlos a la vez que de la defensa indispensable por tierra, para repeler a 8,000 hombres de tropa fogueada y disciplinada. Aquel Gobierno reaccionario e intruso, impopular, que había ganado antes batallas contra los liberales, cual lo hizo, no tuvo escrúpulo ni vergüenza, cual lo hizo el Benemérito Juárez, no permitiendo llamar en su auxilio a gente extraña y que no eran mexicanos.

Marín, repito, armó y equipó en La Habana cinco buques de vapor bien artillados con 200 hombres de desembarque y a mediodía, una mañana de marzo, se presentaron a la vista

y a tres millas de Ulúa al frente; el vigía de aquella fortaleza los anunció uno por uno, e inmediatamente el señor General Ignacio de la Llave, Ministro de Gobernación, salió de Veracruz, transportándose a dicha fortaleza, para reconocerlos con el antejo, desde el “Caballero Alto”, y notando que ninguno izaba bandera indicando el país de procedencia, no le quedó duda de que fuera la escuadrilla del Almirante Marín; sin embargo, dispuso se les hiciera el tiro de leva, cual se acostumbra en semejantes casos, pidiéndoles su nacionalidad y no obedecieron, por lo que desde luego ordenó se disparase otro segundo tiro con bala, sin que tampoco dieran la señal pedida.

Entonces el señor De la Llave se trasladó a la fragata americana de guerra “La Zaratoga”, que llevaba algunos días de estar fondeada en nuestra bahía frente a Veracruz; como otros dos buques de guerra extranjeros estaban en el fondeadero de la Isla de Sacrificios, práctica que observan siempre las naciones amigas, cuando otra se encuentra en guerra interior o exterior, para cuidar o proteger a sus nacionales si fuese necesario; pero antes de dirigirse a la fragata, impuso de lo ocurrido al señor Presidente y al señor Ocampo, Ministro de la Guerra, para que en el acto dispusiesen y alistasen el vapor mercante “Indranola”, comprado y armado en guerra, un mes antes por nuestro Gobierno, y nuestras lanchas cañoneras para seguir y batir a la escuadrilla enemiga que, variando ruta, ya no venía hacia Veracruz, sino que por su flanco izquierdo y a distancia de Ulúa, navegaba a todo vapor, rumbo a Sacrificios.

El señor De la Llave, que poseía el idioma inglés, fue a bordo de la fragata, llamó la atención de su Comandante, diciéndole: —“Como usted lo ha oído, se han hecho disparos sobre aquellos buques, pidiéndoles señales y no las dan, ni siquiera por respeto al pabellón de los Estados Unidos, que tiene usted izado aquí; se portan como piratas; sería con-

veniente que la fragata de su digno mando les hiciese otro disparo". El Comandante, riéndose de la suposición de ser piratas, previno se disparase el tiro de leva, no obedeciendo, y ya picado su amor propio, ordenó un segundo tiro, al que tampoco hicieron caso; entonces, ya mohíno, mandó levar anclas y desde luego dio sus disposiciones para perseguidos, a la sazón que nuestras pequeñas embarcaciones también se hallaban ya listas para seguir el movimiento de la primera, dotada con 15 cañones por banda y la gente necesaria para servirlos, así como 200 hombres de desembarque.

Al talento, actividad y diplomacia de nuestro Ministro de Gobernación, se debió indudablemente, así como a la torpeza de Marín de no contestar a la demanda del buque americano, resolución tomada por su Comandante, pues habría bastado que los de Marín presentasen o izasen sus banderas mexicanas; sin embargo, ese descuido o capricho necio fue un inmenso bien para nuestra Patria y Libertad. Al ponerse en marcha la fragata, cerciorándose el invicto General De la Llave que también la pequeña marina mexicana estaba lista, encabezándola el vaporcito "Indranola", comprado a Goycuria, le mandó orden para que siguiera el movimiento de la primera, llevando a remolque, si era preciso, las lanchas cañoneras, y al Comandante americano le pidió permiso para acompañarlo a su lado en la expedición y gustoso se lo permitió.

Sonaban las tres de la tarde, cuando salió de la bahía toda la armada, haciendo rumbo a la Isla de Sacrificios, donde ya casi se acercaba la del enemigo. Con la ansiedad de ver el resultado, el señor Presidente, sus ministros y empleados, e igualmente los Generales y jefes, tropa franca y gente del pueblo, todos nos dirigimos a ocupar las Torres y alturas de Veracruz, en observación. Llegó la noche, bien lóbrega por cierto, y durante ella permanecimos en expectativa, poseídos de temores y esperanzas, bajo la más cruel incertidumbre por

el éxito, mayor aun cuando a las tres de la mañana oímos un vivo cañoneo y descubrimos el relámpago y el fuego producido por un combate naval que duró cerca de una hora y luego un silencio profundo, que aumentó nuestra ansiedad.

Al aparecer la aurora, vimos que la "Zaratoga" venía hacia el puerto, la primera trayendo a remolque uno en pos de otro los cinco buques de Marín y que nuestra insignificante marina ocupaba la derecha e izquierda de dichos buques, como si los trajesen prisioneros. Desde luego comprendimos por tal situación que el triunfo sobre el enemigo había sido completo en favor de México, y la impaciencia, sobresalto e inquietud cesaron, tornándose en el desbordamiento general de gozo y satisfacción. A la llegada a la bahía de los combatientes, se saludó a la Escuadra con una salva de artillería, repiques y demás demostraciones consiguientes. *Ipsa facto*, el señor Ocampo, acompañado de altos funcionarios del Gobierno, se hizo conducir a la fragata para saber los pormenores de lo ocurrido, felicitar su Comandante en nombre del señor Presidente como su Secretario de Guerra y darle las debidas gracias por el éxito feliz, tan favorable a nuestra patria.

Una vez allí, recibió la fatal noticia de que por su bizarría el señor General De la Llave, tanto en el combate naval, como en el abordaje, se encontraba herido, porque un proyectil del enemigo, pegando sobre la borda de la fragata, había hecho astillas, de las que algunas se le incrustaron en el pecho y otras en el rostro, pero que ya se le había hecho la primera curación de desprendérselas. Emocionado el señor Ocampo y deseoso de verle, pasó al camarote donde se encontraba y donde se convenció que si bien las heridas dejarían lesiones tal vez imborrables, su importante existencia no peligraba. Manifestó al Comandante le permitiese llevárselo a la Plaza, para seguir asistiéndolo, a lo cual desde luego accedió, aunque suplicando a la vez se hiciese lo mismo con los mu-

chos heridos americanos que traía a bordo hasta de los contrarios.

En el acto se dieron las órdenes para que así se verificase y fue más grande el asombro que la conmiseración de la multitud que se hallaba en el muelle, por el número considerable de enfermos, que demostraba lo reñido del combate y el valor de los combatientes en la madrugada anterior. Al invicto y valiente General De la Llave se le condujo a su alojamiento, procediéndose en el acto a su curación, y el pueblo todo, las clases acomodadas y los jefes de la guarnición, no cesaban de vitorearlo por su heroísmo durante el trayecto que recorrió de la ciudad hasta dejarlo en su domicilio, y a los demás heridos los llevaron en parihuelas al hospital militar.

El señor Presidente, al saber por el señor Ocampo que Marín y los demás que tripulaban la escuadrilla quedaban como prisioneros en la "Zaratoga", desde luego convocó a Junta de Ministros, y acordaron dirigir una atenta comunicación al Comandante americano, pidiéndole entregase al Gobierno mexicano dichos prisioneros para que fuesen juzgados conforme a nuestras leyes, lo cual rehusó el Almirante, exponiendo que pertenecían al Gobierno de los Estados Unidos, a donde los conduciría lo más pronto, supuesto que el triunfo y el combate lo había hecho un buque de la Armada de aquella República. En vano fueron las comunicaciones diplomáticas que durante algunos días se cruzaron de ambas partes, insistiendo el señor Juárez en el perfecto derecho que asistía a México, no sólo de los prisioneros, sino hasta para que se le entregasen los buques aprehendidos, mediante que el combate naval tuvo lugar en las aguas del Golfo que nos pertenecen y que al triunfo también contribuyeron nuestras armas y marina; todo fue inútil y todavía un año después continuó la polémica entre ambas naciones, sin conseguir lo que justamente nos pertenecía; se llevaron a los prisioneros y los buques capturados, todo lo cual prueba, hasta la eviden-

cia, que el auxilio dado en esa guerra a México no estaba convenido con los americanos, cual decían los constantes enemigos del Partido Liberal.

De otra manera el Sr. General De la Llave, Ministro de Gobernación, no habría expuesto como expuso su vida, animando con su ejemplo, intrepidez y acertadas disposiciones a los soldados y marinos mexicanos que por su arrojo y valor también se batieron, contribuyendo al triunfo obtenido.

La Patria y la posteridad son las que deberían levantar un monumento en el Panteón de los hombres ilustres; depositando en él los restos del que no sólo acreditó su bizarría en el combate referido, sino en otras muchas batallas, durante la lucha por la libertad y la Reforma.

No es menos acreedor a iguales consideraciones y a la honra del país que conserva imperecedera la memoria de sus héroes u hombres ilustres, como lo fue el señor Manuel Gutiérrez Zamora, que no se limitó como Gobernador a dar sus disposiciones y a vigilar se hicieran prontamente las obras de defensa de la Plaza, con sus miseses, alambrado, baluartes, fosos y contrafosos, así como para que concurrieran a esa defensa los batallones foráneos en el estado, Guardias Nacionales y Artillería, el de artesanos en Veracruz a sus órdenes, pues que sin haber pertenecido nunca a la gloriosa carrera militar, fue público y notorio que durante siete días con sus noches del asedio y bombardeo que hizo Miramón, se le veía en todas las partes de mayor peligro, animando a los combatientes y dándoles, personalmente, ejemplos de bizarría y valor. Sin duda y es la opinión general, se puede juzgar fue el primero que hizo la defensa de la Plaza y antes para que no se diera el caso de tener que rendirla, como sucedió en la invasión francesa o que fuesen víctimas las mujeres y los niños, dio la orden general para que nadie quedase dentro de ella, sino sólo los hombres que quisieran tomar las armas. De las señoras, sólo dos contravinieron a esa eficaz

resolución; una de ellas, la que fue después esposa del Capitán Mier y Terán entonces, y que después sus méritos y valentía acreditados lo elevaron al grado de General, y la otra, mi esposa, que se había quedado en la Plaza y que a consecuencia de algún destrozo, vidrios y espejo, que hizo una bomba frente de mi casa, Portal de las Flores, la autoridad la obligó se fuese inmediatamente a Ulúa, donde no habiendo ya para ella alojamiento allí, se la llevó al Pabellón que ocupaba Margarita, digna esposa de Juárez, cuyo incidente ocasionó que dicha señora y su esposo fuesen padrinos de mi hija Margarita.

Finalmente a los anteriores hechos de Gutiérrez Zamora, hay que tener presente que su entusiasmo patriótico, su ilustración y arraigadas ideas liberales, lo llevaron al extremo de haber perdido su fortuna, porque mediante la escasez del erario, de su peculio particular ministró fondos tomados de su caja fuerte de comercio, para los preparativos y grandes obras de defensa, hasta hacer de Veracruz un baluarte inexpugnable, teniendo que lamentar pocos meses después de aquellos tan plausibles y benéficos servicios a la Patria, que su querido hermano don José se privase de la existencia, por la quiebra del giro mercantil perteneciente a la familia.